

15 de febrero de 2026
VIDAS DE SANTOS
“Santos Faustino y Jovita, mártires”

Hb 10,32-38

Acordaos de los días primeros, cuando, recién iluminados, tuvisteis que sostener una lucha grande y dolorosa: unas veces sometidos públicamente a calumnias y vejaciones, otras estrechamente unidos a los que así eran tratados, porque compartisteis los sufrimientos de los encarcelados y recibisteis con alegría el robo de vuestros bienes, sabiendo que poseéis un patrimonio mejor y más duradero. No perdáis, por tanto, vuestra confianza, que tiene una gran recompensa: porque necesitáis paciencia para conseguir los bienes prometidos cumpliendo la voluntad de Dios. En efecto, todavía un poco de tiempo, muy poco, y el que va a venir llegará y no tardará; pero mi justo vivirá de fe; y si se volviera atrás, mi alma no se complacerá en él.

Esta es una de las lecturas que la Iglesia ha escogido para conmemorar a los mártires, hombres y mujeres magnánimos que estuvieron dispuestos a dar su vida por el Señor. En muchos casos, antes de sufrir el martirio, fueron sometidos a terribles torturas y persecuciones.

¿Qué fue lo que les hizo capaces de soportar todo aquello por causa de Cristo? En efecto, se cuentan las hazañas más heroicas de ellos.

Solo podremos comprenderlo si somos conscientes de que en los mártires actuaba el espíritu de fortaleza, ese maravilloso don del Espíritu Santo. Todos los cristianos lo hemos recibido en el santo bautismo y debemos desplegarlo en nuestra vida. Gracias al espíritu de fortaleza, si cooperamos con él, nuestro amor por Dios crecerá de tal manera que estaremos dispuestos a sufrir por Él y a asumir cualquier esfuerzo para cumplir su voluntad.

También podemos describirlo de la siguiente manera: el amor de Dios, derramado en nuestros corazones (Rom 5,5), nos mueve a una respuesta cada vez más generosa, concentrando todas nuestras fuerzas en amarle y servirle. Esto se manifiesta de manera especial en el martirio, pues «el amor es fuerte como la muerte (...). No pueden los torrentes apagar el amor, ni los ríos anegarlo. Si alguien ofreciera su patrimonio a cambio de amor, quedaría cubierto de oprobio» (Ct 8,6-7).

Se trata, pues, de una historia de amor entre Dios y los mártires. Toda su vida anhela la unión con Él, y tienen la certeza de que en ellos se hará realidad lo que afirma la Carta a

los Hebreos: *«Todavía un poco de tiempo, muy poco, y el que va a venir llegará y no tardará»*. Muy pronto estarán ante Aquel que los amó y a quien ellos amaron más que a su propia vida. Les espera un tesoro mejor, uno duradero.

Las maravillosas palabras que escuchamos hoy en la Carta a los Hebreos se ajustan muy bien a los dos santos mártires Faustino y Jovita. Eran nobles hombres de Brescia, en el norte de Italia, hermanos de sangre, nacidos alrededor del año 100 de padres cristianos en un mundo pagano. Desde jóvenes, trataron de evangelizar a su entorno con fervor. Enseñaban la fe a los ignorantes, visitaban a los presos y ayudaban a los pobres.

El obispo Apolonio los llamó a su morada secreta y ordenó sacerdote a Faustino y diácono a Jovita. Esto acrecentó aún más su fervor y muchos paganos se convirtieron gracias a su testimonio. Todo esto sucedió durante la severa persecución de los cristianos bajo el emperador Adriano.

El gobernador de Brescia los arrestó y encadenó por su labor de predicación. Cuando el emperador visitó la ciudad, le presentaron a los hermanos cautivos, que profesaron su fe cristiana ante él con alegría e intrepidez. La estatua idolátrica del dios Sol se tiñó de negro y, cuando el emperador ordenó que la limpiaran, se deshizo en polvo.

Entonces, el emperador decidió matar a los dos hermanos. Los llevaron a la arena para que fueran devorados por leones y leopardos. Sin embargo, el Señor quiso glorificarse en la vida de estos fervientes testigos suyos mediante signos y milagros. Ni los leones ni los leopardos les hicieron daño alguno, sino que, según se cuenta, se echaron ante ellos y les lamieron los pies.

Este milagro llenó de temor a todos los presentes. Muchas personas que estaban en la arena se convirtieron. El emperador, por su parte, se marchó precipitadamente de la ciudad, pero dejó la orden de arrojar a los hermanos al fuego. Pero incluso el fuego se negó a quemarlos. El tercer intento de quitarles la vida también fracasó. Según la leyenda, fueron arrojados al mar, pero las olas los devolvieron a la orilla.

Lamentablemente, ni el emperador ni muchas otras personas sacaron las conclusiones correctas de los milagros que ocurrieron ante sus ojos y los atribuyeron a la brujería. Eran signos tan claros y elocuentes que todos podrían haberse convertido al Dios vivo. Sin embargo, tal y como ocurre repetidamente en el Evangelio y hasta en los tiempos presentes, no todos interpretan correctamente los signos. Cuando los corazones se endurecen, ni siquiera los milagros más grandes, que Dios también realiza para ayudar a los incrédulos a abrirse a la fe, sirven a este fin.

Finalmente, el 15 de febrero del año 120, Faustino y Jovita fueron decapitados y llegaron a Aquel cuyos fieles testigos habían sido durante toda su vida.

Meditación sobre el evangelio del día: <https://es.elijamission.net/la-plenitud-de-la-ley-2/>